

Los dos amigos, con las pupilas casi fuera de las órbitas, trastabillando de espanto y de dolor, se acercaron al cadáver de Manuel.

«Juan Gallinazo» levantó aquella cabeza tibia todavía, la besó cien veces y sollozó como una mujer.

— ¡Te vengaremos!—gritó con rencor el fronterizo, y se arrojó a su vez sobre el cadáver y le estrechó la frente sobre su pecho.

— ¡Venganza!—gritó «Juan Gallinazo».

— ¡Sí, venganza!—rugió el fronterizo.

Y como dos sombras, como dos espectros, se perdieron entre los pliegues de aquella horrible tiniebla.

## CAPITULO XIX

### EL GENIO

#### I

El señor Juárez, desde su altura suprema, y entre los fuegos de la tempestad revolucionaria, arrojó, como un haz de luz, sobre el mundo de aquella segunda revolución, las «Leyes de Reforma», luminosas irradiaciones del cerebro poderoso de aquel movimiento.

Desde el palacio de Veracruz, como quien vuelve a la inmensidad del Océano y habla con las tempestades y los ciclones, delante del sol y las estrellas, resonó su palabra augusta como la trompeta del Arcángel, que los dogmas predicen para el Juicio Final.

Despertó a las generaciones muertas, y sorprendió a las vivientes; revolvió el mundo antiguo, desde sus cimientos; rompió la turbia corriente de cuatro siglos, y la arrojó en los cauces peñascosos de la historia.

Se estremecieron el templo y el altar; callaron los salmos; se rompieron las rejas del monasterio; entró un rayo de sol al claustro pavoroso; quebrantó los grillos del pensamiento; rompió las cadenas oprobiosas de las generaciones, y lanzó a la región incógnita del infinito a la conciencia humana.

¡Qué pequeños los adversarios del pensamiento! ¡Qué reacción tan infeliz delante de tanta grandeza!

¡Revolución que se arrastraba por los campos como una serpiente! ¡Inútiles fuerzas que se quebrantaban sobre el granito del monumento, y a los pies de aquel coloso!

¡La última podredumbre de los siglos, dando sus últimos miasmas en los altares del pasado!

Crueldad, tiranía, fanatismo, miseria, despojos miserables de una época, asquerosos harapos llenos de lágrimas y de sangre, flotando como una irrisión a los vientos arrasantes de la historia... ¡Todo lo que se va y zozobra en el negro oleaje de la desaparición, y se esfuma entre la nada!

## II

Pero estamos en las últimas convulsiones del monstruo. No es posible seguir a los sucesos: nos envuelven entre sus borrascas.

La revolución, crujiendo, como una tormenta polar, sangre, lucha y desesperación.

Revueltas, encuentros, emboscadas, combates, asaltos y batallas. Toda esa agonía convulsiva de lo que muere sin esperanza.

Un sudario de muerte envolviendo a la nación entera.

Peró todas esas olas encrespadas, desbravándose en las majestuosas playas de la revolución reformista.

Aparece un sol en el levante de la guerra, un genio, que sea cual fuere su catástrofe final, se alza gigante sobre el pedestal de su época.

Domina la batalla, y conduce por su mano a la victoria.

González Ortega: ese héroe de la leyenda mexicana, parado como Moisés, en la abrupta cima de la Bufo, lanzando su palabra de gigante que bajaba del cielo a las profundidades de la tierra, que brotaban combatientes y batalladores.

¡Ese hombre, que llevaba sobre su frente los relámpagos del 93 y en su voz los ritmos de la Marsellesa y que tenía a su lado a Escobedo, que en el trayecto de una década capturaría a un emperador y pasearía su nombre por la historia, y a Zaragoza que ametrallaría la bandera que realizando la profecía de Lafayette, le ha dado la vuelta al universo!

Bajaría como un torrente de victoria inundando los campos de la patria; poniendo a sus sienes los laureles de la Reforma y legando su nombre a las generaciones, en el gran «desideratum» de la historia.

¡Sacudiría su glorioso nombre bajo el azulado cielo de la soberbia tierra mexicana!

¡Se impondría sobre los anatemas de la Iglesia católica, y pasaría el Mar Rojo de las maldiciones canónicas, para depositar sus laureles en las manos del Benemérito de América, que los pondría en los altares de la patria!

## CAPITULO XX

### CLERIGOS Y CONSERVADORES

#### I

Ya no eran las reuniones tumultuosas de los primeros días. Los clérigos y los conservadores se agrupaban como en una hora de duelo.

Las leyes de Reforma, que no se esperaban sino después

de un triunfo definitivo, cayeron como una manga de fuego sobre sus cabezas.

—Estamos perdidos, compañero—decía un canónigo.

—Y para siempre—contestaba el otro clérigo.

—Ya estamos fastidiados; durante dos años y medio que llevamos de revolución, cada día estamos peor.

—Sí; se ha despilfarrado el dinero de la Iglesia, inútilmente.

—Siempre la misma cosa: ya ocupé Guadalajara, ya la volví a perder, ya entré, ya salí, ya me sacaron, ya vencí, ya volvieron y nos están llevando todos los diablos.

—Hemos perdido Sinaloa y Sonora y Mazatlan y todo, todo: ya no tenemos más que el suelo que pisamos; estos soldados no sirven para nada; son unos grandes sinvergüenzas, desde el joven Macabeo, hasta el último, que es Zuloaga.

—Se han burlado los herejes, de todo y de todos; estamos confundidos, anonadados.

—¿De qué ha servido tanta victoria? ¡De nada!

—¿Qué queda de tanta salva y tanto repique?... ¡Nada!

—¿Y qué queda de nuestro dinero?... ¡Nada!

—Esta situación es horrorosa.

—Donde no está el primer espadachín, no hay quien se bata.

—Luego que esas chusmas se organicen, nos ponen el pie en el pescuezo.

—¡Si ya nos lo están poniendo!

—¿No ve usted aquí, en las goteras de México, al condenado de Aurelio, tiroteándonos todas las noches, y los soldados con los brazos cruzados?

—Si caemos en sus manos o en las del bandido de Carabajal o de Rojas, ¡Dios mío!, nos bajan a tiras el pellejo.

—Como que ese bandidaje es de lo peor; es una resaca impasable.

—¡Y considerar que les hemos de cantar un «Te Deum»!

—Ni eso. ¡Si ya no quieren nada con nosotros! Nos convenía que vinieran al templo; pero ya no quieren ni aparentar que tienen religión; son herejes a la luz del día.

—Y con su libertad de cultos, mañana diremos misa en inglés.

—Ya lo creo, y la letanía en francés.

—¿Quién nos metería a derribar a Comonfort? Ese sí era cristiano.

—Ha sido un error pensar en Zuloaga, en ese beato inservible.

—Y en Miramón. Muchos triunfos, y nada entre los platos.

—Como que la embajada de Veracruz no pudo ser un fracaso más grande.

—Y no lo creíamos.

—Pues ya lo vamos creyendo.

—¿Se puede pasar?

—Adelante—gritó el canónigo, tomando un sorbo de rapé. Entró uno de los antiguos ministros de Zuloaga.

—¿Viene usted por dinero, señor Licenciado?

—Tenemos novedades, y grandes.

—¿Otro triunfo como el de Veracruz?

—No Van a ver ustedes; esto es horrible.

Desenvolvió el Licenciado unos pliegos impresos.

—Aquí está nuestra sentencia de muerte; abran los oídos.

—Lea usted, lea pronto.

—Decretos de Juárez.

—¡Ave María Purísima!

El Licenciado comenzó su lectura:

—«Considerando que el motivo principal de la actual guerra, promovida y sostenida por el clero»...

—Promovida, no; sostenida, sí—interrumpió el canónigo—, porque nuestro dinero nos cuesta.

El Licenciado continuó:

—...«es conseguir substraerse de la dependencia de la autoridad civil.»

—Tenemos razón. ¡Si nosotros somos la autoridad divina!

—«Que si otras veces podía dudarse por alguno, que el clero ha sido una de las rémoras constantes para establecer la paz pública, hoy todos reconocen que está en abierta rebelión contra el soberano.»

—Bonito soberano, un hereje; nosotros no tenemos más soberano que Dios, y eso, ¡quién sabe!

—Blasfema usted, señor canónigo.

—Siga usted.

—«Que dilapidando el clero los caudales que le habían fiado los fieles, para objetos piadosos, los invierte en la destrucción general, sosteniendo y ensangrentando, cada día más, la lucha fratricida que promovió en desconocimiento de la autoridad legítima.»

—Se nos echa la culpa a nosotros y a ustedes; los conservadores son los que han hecho la revolución.

—Después hablaremos; concluiré.

«Que habiendo sido inútiles los esfuerzos de toda especie para terminar una guerra que va arruinando a la República, «el dejar por más tiempo en manos de sus jurados enemigos los recursos de que tan gravemente abusan», sería volverse «su cómplice»; y que es un imprescindible deber, poner en ejecución todas las medidas que salven la situación y la sociedad; he tenido a bien decretar lo siguiente:

»Art. 1.º Entran al dominio de la nación todos los bienes que el clero secular y regular ha estado administrando con diversos títulos, sea cual fuera la clase de predios, derechos y acciones en que consistan, el nombre y aplicación que hayan tenido.»

—¡Yo me sofoco!—gritó un canónigo.

—¡A mí me da peritonitis!—exclamó el otro.

— ¡Pero ya no es robo; es barbarie, es salvajismo; desnudar a Dios y a su Santísima Madre!

— ¡Y a todas las legiones del cielo!—gritó el otro.

— Lo fatal—dijo el Licenciado—, que esto atrae a todo el mundo, es un «Monte Parnaso» de trescientos millones!

— ¡Ya, ya comprendo: la nación entera se hace liberal; estamos perdidos!

— ¡Más que perdidos, desvalijados; se llevó el diablo a la Iglesia!

— ¡Ave María Purísima! Ustedes, ustedes tienen la culpa; nos han orillado a la revolución y nos dejan en la estacada.

— Sí, señor—gritó el canónigo—; aquí pagamos justos por pecadores; estamos arruinados por los cuatro costados.

Y ni modo de ocultar las haciendas y las fincas y los capitales, si estamos rodeados de salteadores en despoblado y en poblado. ¡Vade retro, Satanás!

— Pues aquí sigue la guerra más cruda a la Iglesia. «El matrimonio es un contrato civil que se contrae lícita y válidamente ante la autoridad civil.»

— ¡Esa es una mancebía indigna!

— ¡Dios mío!—gritó el canónigo— ¡Si se van hasta contra los sacramentos!

— Eso poco importa—dijo el otro—. Que se casen o que no se casen, o los lleve el diablo, ¿qué importa? Lo grave, lo verdaderamente grave, es lo del dinero.

— Pues siga usted oyendo.

— ¿Todavía más?

— Todavía: «Se secularizan los cementerios, camposantos, y demás lugares que sirven para sepultura.» Dictándose las prevenciones relativas, etc.

— Estos herejes se van a beber el agua del bautisterio.

— ¿Conque ya no les cobramos a los muertos?

— ¿Conque ya no nos pagan los difuntos? ¡Esto es horrible; el día menos pensado dan la ley para que cualquiera pueda decir misa!

El Licenciado continuó:

— «Se extinguen todas las asociaciones religiosas.»

— ¡Calle usted, por Dios; ya machacaron a los frailes y aplastaron a las monjas! ¿Pero dónde vamos a parar?

— Y lo peor es que el pueblo todo, está por esto; se ha inficionado de herejía; ya nadie cree en nosotros, porque nos han visto con ustedes.

— Puede ser que tengan razón.

— El pueblo ha visto que cantamos y rezamos por los soldados, y los soldados corren por todas partes y se ríen de la mano divina.

— Y luego la burla y la chifla y el desprecio... Ya nada es nuestro.

— Y, además—dijo el Licenciado—, «se prohíbe el uso del traje secular».

— ¡Es decir, que nos encueran por completo!

— Sólo falta que nos desuellen vivos. He aquí lo funesto que fué el grito de «¡Viva la religión!»; eso, eso, nos ha traído todo esto.

— Lo merecemos todo; nos hubiéramos estado calladitos, dejando caer la responsabilidad sobre ustedes, los conservadores; pero nos atarantamos, creímos en el ejército de Santa Ana, y así nos ha ido; ya no hay escapatoria.

— No hay que perder la esperanza; ya se dispone la campaña de Veracruz; se han comprado buques en la Habana y se tomará la plaza por mar y por tierra.

— No lo crea usted; ni con la escuadra de don Juan de Austria tomamos Veracruz. ¡Si el condenado de Gutiérrez Zamora y el pillo del general Iglesias, se ríen de ustedes y de nosotros!

— Ya veremos, ya veremos.

— Ya hemos visto bastante, y ya toca su turno a que se acabe ese jueguito de «Ya lo viste seco; pues míralo mojado». Tenemos mucha vida y algo grande a retaguardia.

— ¡Chitón!... El «extranjero».

Los canónigos abrieron tamaña boca.

— Ya estamos en pláticas; se acabarán estos soldados inútiles; no los necesitamos para nada; bastante los hemos tolerado ya; lo que deseamos es que los acaben de derrotar.

— Muy bien; ya no les volveremos a dar ni un peso; los echaremos de cabeza, y que se larguen.

— Ese es el plan; pero, silencio. Ya Almonte está arreglando la intervención; ya verán caer todo ese castillo de barajas; pero antes es necesario que Zuloaga y Miramón y toda esa percha se la lleve el demonio.

— Estamos conformes, y en ese terreno nos encontramos; la religión antes que todo, y que se acaben estos demagogos.

— ¡Oh, la intervención de la monarquía!

— ¡Nuestro sueño dorado!

— Dejemos a esos herejes seguir desatalantados; ya suprimieron la legación de Roma.

— ¡Dios mío, ya azotaron al Sumo Pontífice; ya nada queda por hacer!

— El Gobierno ya protestó contra las leyes y declara conspirador al que las ejecute.

— Eso no vale nada.

— Ya se dirigió una protesta también al Cuerpo diplomático y va a protestar el ejército y las comunidades y hasta las señoras.

— Pues todas ésas son paparruchas—dijo el canónigo.

— ¿Qué le importan a Juárez las protestas, ni qué caso hace de ellas? El que pille una casa o una capital, protestará después para que no se la quiten.

— Es verdad; todos éstos son chismes de mujeres, que no

se toman en cuenta; que vayan a decírselo a Juárez a Veracruz y dejen de estar echando gansadas aquí metidos. Obras son amores, que no buenas razones.

— Como que si nosotros entramos en las tales protestas, nos atraemos encima la tempestad; todavía no escarmentamos.

— Es mejor lo que tenemos hablado: el extranjero, la «intervención».

— ¡Sólo así se salvan la patria y la Iglesia y nosotros! ¡Caracoles!

— Es necesario no contestarle a Juárez con comedias, sino con balas.

— ¡Ni con balas; en cuanto aparezca la escuadra, boca abajo todo el mundo!

— Yo no me vuelvo a meter en nada; que ruede la bola.

— Pues que ruede, Reverendo Padre.

— Pero hay que confesar que Juárez tiene un temple de acero.

— Forjado en el mismo infierno. Lo que debemos temer es que los Estados Unidos han reconocido su Gobierno.

— Pues que se rompan las cabezas. ¿Qué nos importa?

— Convengamos en que ya esta gente no hace nada; van y vienen en vueltas y revueltas, como la ardilla.

— Es verdad; ya me causan histérico los tales repiques y las felicitaciones.

— Ya en esos triunfos sólo creen los papamoscas. Veremos por ahora—dijo el canónigo—, si podemos escapar algo de los tesoros de la Iglesia, fingiendo ventas, etc., etc.

— Eso no es posible—dijo el Licenciado—; son muchos los bienes; además, ya está previsto por Juárez, declarando nulas todas las operaciones.

— ¡Mal rayo con el indio!—exclamó el canónigo—Nos ha tapado todas las salidas; nada, la intervención.

Se despidió el Licenciado, con un humor de todos los diablos.

## II

— Compañero—dijo un canónigo—, ya nos van a ensartar en otra más terrible todavía.

— Ya lo estaba pensando.

— Tenemos la enemistad del pueblo; nos hacen responsables hasta de la Inquisición, y mañana nos llamarán traidores a la patria.

— Pero ya estamos en la pendiente y nos resbalamos contra nuestra voluntad.

— Además, nosotros somos súbditos de Roma; verdaderamente lo mexicano poco nos importa.

— Es cierto, y entre que nos mande Zuloaga y venga otro,

preferimos al otro, que siempre ha de ser más decente que éste.

— Ya se acabó el tiempo en que los curas se pronunciaban por la independencia; ahora todos queremos Rey.

— Sólo en la monarquía estamos bien; los demagogos nos han de dar la patada; éstos mismos, el día que triunfaran definitivamente, nos hacían sus víctimas.

— ¡Qué peligroso es tener dinero! Si la Iglesia fuera pobre, ni quien se mezclara con ella.

— Pero eso no puede ser; la Iglesia tiene que ser rica, vive de la explotación y nunca dejará de haber bobalicones que llenen nuestras arcas; por eso nos oponemos a que el pueblo se instruya, porque el día que abra los ojos...

— Calle usted, por Dios, compañero.

Los dos canónigos quedaron en silencio y hundidos en profundas meditaciones.

## III

Los ministros de Miramón descubrieron que los conservadores conspiraban, teniendo por caudillo a Márquez.

Había reuniones con Zuloaga y se trataba de derrocarlo.

Márquez había ocupado seiscientos mil pesos de una conducta de caudales, y Miramón había hecho que se devolvieran, poniéndose ya frente a frente de un antagonista hipócrita y malvado.

La revolución tomaba creces, y se presentaba tronando en el interior.

No había más que aceptar el reto; Miramón salió a su encuentro.

Hubo una conferencia entre el general Santos Degollado y Miramón.

Ya el jefe de la reacción, a pesar de sus triunfos, estaba desmoralizado, no por la guerra que afrontaba todos los días, sino por la convicción que ya arraigaba en él, de que la Constitución estaba llamada a la victoria, y así lo manifestó en la conferencia; pero que sus compromisos lo retenían al lado de la antigua bandera.

Miramón previno a Márquez que avanzara, y Márquez no cumplió la orden, alegando que los caminos estaban infestados de revolucionarios, y que sería segura la derrota.

Lo que ansiaba este miserable era un fracaso de Miramón, sobre quien daba sus últimos rayos la fortuna.

Con gran violencia se enviaron de México diez piezas de grueso calibre, cuando ya el enemigo estaba en tren de batalla y en las lomas de la Estancia de las Vacas, situadas a menos de dos leguas de Querétaro.

El general José Justo Álvarez debía mandar la batalla; pero la víspera se le disparó la pistola a uno de sus ayudantes, hiriéndole una pierna, que se le amputó inmediatamente.

Este suceso desconcertaba en mucho la acción del ejército. Se establecieron tres líneas de defensa en aquella posición casi inexpugnable.

A las siete se presentó el enemigo.

El general Arteaga, con los batallones de Morelia y de Tamaulipas, se extendió por la izquierda, y Quiroga por la derecha, con rifleros y batallón de Aguascalientes.

Rechazaron a las fuerzas reaccionarias, tomándoles cincuenta prisioneros.

En ese momento, perdiendo la ventaja de sus posiciones, de agredido, se hizo agresor el general Degollado, y cargó por el centro, llevando las columnas el general Santiago Tapia y el general Miguel Blanco.

Entrando Mejía en combate, atacó con vigor con las caballerías el flanco de los liberales.

Tapia arrolló la línea y tomó la artillería reaccionaria; pero cayó herido gravemente, y muerto el comandante del batallón de San Luis, Albino Espinosa.

Al ver tendido a su jefe, los soldados ya vencedores, retrocedieron a su campo, pero arrojándose en desorden sobre las líneas e introduciendo una confusión tan grande, que ellos mismos causaron el desastre.

Degollado mandó replegar las líneas, seguro de que el enemigo nada podía hacerle; pero este movimiento se tomó por la tropa como retirada, y comenzó la dispersión y el abandono de las piezas, trenes y parque, y la reacción quedó dueña del campo, defendiéndose en la retirada el general Degollado, Quiroga y Bernabé de la Barra.

Doblado disparó unos metrallazos sobre los fugitivos; tal era la ira que lo devoraba, al ver perdido un triunfo ya cosechado.

Tal fué la batalla de la Estancia de las Vacas, donde la reacción vió ponerse el sol de su destino y comenzar a darle un adiós eterno a la victoria.

#### IV

Salió rápidamente Miramón y llegó a Guadalajara con sus ayudantes.

Llamó inmediatamente a Márquez, que no estaba en la capital, y llegó, como siempre, desmoralizado, y presentó su renuncia.

Entonces el Ayuntamiento, las corporaciones civiles y religiosas y personas notables, pasaron a ver a Miramón, para que no aceptara la renuncia.

Miramón, al ver aquel aparato, comprendió toda la faena de una reacción en su contra.

Necesitaba jugar el todo por el todo.

Cuando oyó las súplicas hipócritas del partido clerical, que

elegía a Márquez como su caudillo, se mostró orgulloso y decidido.

—Señores—dijo—, razones de alta política y de conveniencia pública, me estrechan a una determinación, que no es hija de la violencia, sino de interés nacional.

No sólo admito la renuncia del general Márquez, sino que prevengo que lo procesen, por la ocupación de los caudales de la conducta, que nunca debía de haber tomado, y por actos de insubordinación que desmoralizan al ejército, y no sólo le admito la renuncia y el proceso, sino que marcha a la capital, en calidad de preso, quedando el general Wol como jefe de las armas en Guadalajara.

Aquella contestación dejó frías y consternadas a las corporaciones religiosas, al ilustre Ayuntamiento y a los conservadores.

El fiasco había sido completo.

Temblando y acobardado como una mujer, Márquez llegó a México a unir sus lamentaciones con las de Zuloaga.

Miramón salió para el Sur de Jalisco, ocupó Colima, la volvió a desocupar y regresó, como siempre, a la capital, y no sucedió nada, porque la revolución volvió a adueñarse de aquellas regiones.

## CAPITULO XXI

### ANTON LIZARDO

#### I

—¡La llegada del señor Presidente!—gritaban los papeles, y la gente corría en bandadas a la Villa de Guadalupe, porque el ministro Isidro Díaz había dicho en una comunicación oficial que Su Excelencia no entraría a México, sino después de haber dado las gracias al Todopoderoso, por haberle concedido tantas victorias.

Se repetía el fastidioso cuadro de siempre.

Frailes, clérigos, regidores, generales, golillas, tinterillos y devotas a felicitar al señor Presidente por sus triunfos.

Repiques, cañonazos y cohetes, y hasta grandes convites en cuyas libaciones los sorprendía la noticia de que ya el general Degollado, vencido tantas y tantas veces, entraba en campaña, sin saberse, y hasta hoy se ignora, lo que ese hombre hacía para levantar miles y miles de hombres, y de dónde tomaba armamento y artillería, y sobre todo, recursos para mantenerlos.

Podemos asegurar que no hay un testimonio igual en la historia.

—¡Esto es horrible!—decía la señora Pantoja a sus contertulios—Este es el cuento de nunca acabar.